



El bastón de la abuela

Ricardo Cabrera
Julio 04, de 2020

A sus noventa años, la abuela se conservaba con la misma fortaleza que un faro durante una tormenta, se la veía caminar por todos lados, sostenida solo por su inseparable bastón, fabricado específicamente para ella, su cuerpo de ébano era rematado por una especie de puño cerrado de marfil. En realidad, el artefacto era de una apariencia un tanto masculino, eso, por supuesto a ella nunca le importo. Autoritaria desde siempre, nos habituamos a su figura de carácter rígido y fuerte. Fungió siempre como la matriarca de la familia, sus órdenes no solían ser tema de mediación o negociación. Solía sentarse en un sillón de alto respaldo, supongo que lo apreciaba como si fuera su trono, Su cabello cano completamente, era peinado con esmero, en alguna ocasión, recuerdo a un primo decirle que el viento la había despeinado, eso fue suficiente para que él descendiera en la escala de sus afectos y quedara a un paso de ser un paria.

Siempre enfundada en vestidos oscuros de mangas entalladas, era lo más semejante a una imagen victoriana, siempre pensé que ella se había desprendido de alguno de los cuadros que adornaban las altas paredes de la casa solariega.

Llegadas las ocho de la noche, golpeaba el piso con su bastón, ignoro como se las agenciaba para conocer la hora con exactitud, un reloj en su muñeca no era un accesorio que fuera a juego con su personalidad. Su sentido del tiempo estaba guiado por la naturaleza, no había otra explicación, era posible que ella y las tortugas compartieran su ADN, aunque estas últimas podían llegar con diferencia



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

de días a la playa para desovar, mientras que la abuela era puntual para marcar la hora en la cual se retiraría a dormir.

No mediaba palabra alguna, simplemente se levantaba, paseaba su alta figura a lo largo de la sala, se despedía con un elegante “buenas noches” sin esperar retribución a su saludo y después, las escaleras eran subidas con la elegancia de una reina.

Supongo que disfrutaba ampliamente de este ritual diario, y nosotros nos habituamos a ello, su imagen llena de fortaleza es uno de los recuerdos más claros de mi niñez, no recuerdo que ella, se hubiera enfermado alguna vez, pero si existen las memorias donde su asistencia colocando un paño húmedo en las frentes afiebradas de alguno de mis primos o hermanos o incluso, en mí. Ella se sentaba al borde de la cama, mientras nuestras madres hacían las funciones de enfermeras cuando el caso lo ameritaba.

Su tez pálida como un papiro antiguo, lleno de surcos pronunciados, cada uno me parecía que podría contar una historia, yo la creía viva desde siempre he imaginaba que nos precedería después de nuestra propia muerte, la abuela como todos la conocíamos en realidad lo era de mi padre, para nosotros por herencia lo era también. Sus pasos eran suaves, como si buscara asegurarse de la resistencia del suelo que pisaba.

Recuerdo haber recibido el cobijo de su regazo en incontables ocasiones, me quedaba dormido sobre su falda, ella contaba historias ocurridas en un pasado que imaginaba tan remoto que dudaba en ocasiones de su existencia. Su hablar cadenciosos me adormilaba, entonces, dejaba caer mi cabeza sobre sus rodillas y la conciencia huía de mí. La realidad regresaba cuando el monótono octeto de golpes resonaba en el silencio de la sala. No había besos de despedida, solo una caricia despeinándome antes de irse.



Era curioso, sus demostraciones de afecto más bien parcas, no evitaba que la amáramos, ella era, sin duda alguna, la figura central de la familia.

Mis tías solían llegar en busca de sus consejos, casi todos ellos sobre las vicisitudes con sus respectivos maridos.

Entonces, su voz se llenaba de autoridad y era oída con el más absoluto respecto.

Por las mañanas, al levantarnos, ella ya había dado un paseo por su jardín, las flores siempre fueron su pasión, detestaba la idea de tener pájaros encarcelados en jaulas, por eso, decía ella, se levantaba temprano, para oírlos cantar en los muchos árboles que había en los patios de la casa.

Al cumplir los doce años sus faldas habían dejado de ser mi refugio infantil, su figura eterna era parte del mobiliario de la casa. Caminaba más lento, siempre con la ayuda de su bastón, jamás aceptó la ayuda de nadie para desplazarse, eso hubiera sido una pérdida de su dignidad, supongo.

Los días se fueron haciendo más fríos, el invierno estaba próximo a llegar, las tardes se tornaban frías y lluviosas, corríamos para evitar mojarnos, entrábamos en tropel, y su figura estaba allí esperándonos, nos devolvía la sonrisa, uno de los pocos gestos de humanidad que le conocí.

Una tarde en particular, la lluvia se hizo torrencial, mis primos y yo nos mojamos hasta la médula de los huesos, llegamos en un tumulto cerrado, atorándonos en la puerta de entrada para ver quien llegaba primero a la sala.

Las luces estaban apagadas, no se escuchaba a nadie, nosotros temblábamos como perros mojados. Danzábamos tratando de que el calor regresara a nosotros, si nuestros padres nos vieran así, seguramente no nos iría muy bien.

Llegamos hasta la sala, igualmente vacía, el silencio resultaba abrumador, solo se rompía como si se tratara de botellas, con nuestras risas y chillidos cercanos a los animales del monte que ocasionalmente bajaban.



Aun entraba un poco de claridad de la tarde que se deslizaba suavemente hacia la oscuridad.

Nos bañamos en manada, el cuarto baño se había convertido en un campo de batalla, el agua corría por el piso, un accidente podía ocurrir en cualquier instante, por fortuna no ocurrió.

Nos enfundamos en nuestros pijamas y nos dispusimos a esperar a los adultos en una de las habitaciones, el cansancio por las muchas horas de juego cobró factura en los más pequeños. Solo los tres mayores entre los cuales me contaba, seguimos despiertos, teníamos hambre, la hora de la merienda ya había pasado. Decidimos bajar, nuestro plan de ataque se centraba en la cocina, nuestro botín se encontraba en el refrigerador, lo saquearíamos hasta las últimas consecuencias, ya sabrían lo que era dejar a los piratas sin custodia.

Nos reíamos de nuestras múltiples estupideces, travesuras infantiles que pronto dejarían de serlo, la infancia nos abandonaba tan rápidamente que, de haberlo sabido, hubiéramos permanecido más horas despiertos.

Toc, toc, toc, los bastonazos en el piso de la sala habían dado inicio. Era la que se despedía del día y se dirigía a su habitación. Nos miramos los unos a los otros, con la boca llena hasta la exageración. Seguros estábamos de que nadie se hallaba en el salón cuando nos dirigimos a la cocina. Comenzamos a reírnos como tontos, buena reprimenda nos esperaba por no haber saludado a la abuela.

Toc, toc, toc, tres bastonazos más, faltaban dos para que ella se pusiera en pie y se fuera a dormir. Indecisos en saludarlas o permanecer en el anonimato, llegaron los dos últimos bastonazos; toc, toc, seguidos del silencio.

Nos dirigimos en silencio hasta la sala, si alguno de nosotros la alertaba se la vería con los otros dos.

Llegamos hasta la puerta lateral que comunicaba un pasillo que iba de la cocina hasta la sala. Caminando casi sobre las puntas de nuestros pies, la



observamos desde la puerta, la vimos alejarse, desde su sillón, tomar dirección a las escaleras, atravesar el salón en penumbras y después subir las escaleras iluminada solo por la luz de la luna que entraba por los ventanucos.

Desde lo alto, la vimos pasear su mirada hacia nosotros, un rayo de luz iluminó su cara, nos sonría. Luego entonces nos había visto. Al parecer, contaríamos con la complicidad de su silencio y nos seríamos delatados a nuestros padres por nuestra incursión en la cocina. Respiramos tranquilos y nos fuimos a nuestro cuarto, los más chicos compartían una habitación, la nuestra era contigua a la habitación de la abuela.

Continuamos nuestra alharaca un rato más, el sueño nos fue venciendo hasta caer dormidos.

No sé cuánto tiempo transcurrió, sentí el cuerpo de alguien que se sentaba al borde la cama, medio desperté, era la abuela, me acarició la cabeza, quise decir algo, pero uno de sus dedos silenció mis labios. Recibí su saludo de buenas noches y me quedé dormido.

Por la mañana, nos despertamos al escuchar ruidos en la planta baja. nos asomamos y vimos a la gente que se desplazaban de un lado a otro de la casa, llevaban sillas hacia la sala. Bajamos corriendo, el lugar había sufrido una completa transformación, las sillas eran acomodadas como si fuera un teatro, donde el sillón de la abuela, había un claro, unos hombres desconocidos para nosotros entraron con un enorme crucifijo plateado, ramos de alcatraces y otras flores. Un pasillo quedó dispuesto entre las filas de sillas. Después de eso, entraron nuestros tíos y mi papá, escoltaban un féretro del color del bastón de la abuela, hasta entonces tomamos en cuenta que este, se encontraba recargado en una esquina de la sala.

La abuela había muerto mientras nosotros nos dedicábamos a nuestros juegos bajo la lluvia del día anterior.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Sin embargo, ella, fiel a su costumbre había llegado a despedirse antes de irse a dormir. 